

PERFIL HUMANO DEL PROFESOR JOSE GUERRERO LOVILLO

por JOSÉ F. ACEDO CASTILLA

Excmo. Sr. Director, Excmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

En la noche de hoy vengo a cumplir con el deber honroso y grato para mí, de decir unas palabras en la sesión necrológica que esta Real Academia dedica al Excm^o Sr. Don José Guerrero Lovillo, insigne miembro que fué de esta Corporación, a quien la muerte nos lo quitó, cuando su imaginación, todavía vigorosa, dirigida por el saber y la experiencia, prometía aún sazonados frutos.

Desde hace muchos años, yo tenía con el Profesor Guerrero Lovillo, una grande y entrañable amistad, lo que sin duda alguna habrá tenido en cuenta el Sr. Director, al designarme para que interviniera en este acto. Pero si la circunstancia dicha, facilita por una parte mi trabajo, no deja de ofrecer por otra, el grave inconveniente, de que alguien crea que yo vea la figura del que fué nuestro compañero, acrecentada con el cristal de mi cariño y con los colores de mi mayor admiración. Ante ello y a fuer de ser objetivo, trataré de describirlo, con imparcial criterio, ajustándome a lo que al respecto prescriben nuestros Estatutos y Reglamento,

o sea, cifiéndome al recuerdo limpio, llano y sincero de las nobles prendas que adornaron al académico fallecido y desviándome de esos panegíricos inflexibles y deliberados, que ni realzan, ni convencen, ni conmueven.

Don José Guerrero Lovillo, tan profusamente dotado por la Divina Providencia, nace en Olvera (Cádiz), el 24 de Septiembre de 1919. Cursa los primeros años del bachillerato en el Instituto-Escuela de esta capital y lo termina en el Instituto de San Isidoro donde empezó a sobresalir por su talento y por sus dotes de retentiva y penetración, que le permitían empaparse en los secretos de los libros, con desflorar apenas la superficie de las hojas.

En la Universidad de Sevilla hizo la carrera de Filosofía y Letras, obteniendo el premio extraordinario de su promoción, que por cierto era brillantísima, cual lo prueba como muchos de sus integrantes, en el curso de los años, habrían de alcanzar una gran notoriedad en el campo de la Filosofía, de la Literatura y de la Historia.

En 1946 se graduó como Doctor en la Universidad de Madrid, bajo los auspicios de eminentes historiadores del arte de la escuela el inolvidable Don Francisco Murillo Herrera, versando su tesis sobre «*Las Cantigas*», en la que hace, un estudio artístico-arqueológico de las miniaturas que ilustran a las mismas, lo que le valió la calificación de «sobresaliente cum laude», el «Premio extraordinario» de aquella Universidad y el «Raimundo Lulio» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ya Doctor, se incorporó a la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, como Profesor ayudante de clases prácticas, integrándose en el prestigioso «Laboratorio de Arte», que fundara en 1907 el citado Profesor Murillo Herrera, como secuela de su Cátedra «Teoría de la Literatura y de las Artes». Más tarde, fue Auxiliar temporal primero y Adjunto por oposición después, de la Cátedra de Historia del Arte de la que era titular el Profesor Hernández Díaz. Junto a tan eximio maestro, «en la tarea diaria de aprender, realizó el aprendizaje de enseñar», entrando a formar parte de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Sevilla, de la que más tarde sería Vice-Presidente.

En 1957, obtuvo por oposición la Cátedra de Historia General del Arte en la Universidad de Barcelona, donde realizó una exten-

sa y profunda labor pedagógica que continuó doce años después en la Universidad de Sevilla, cuando en 1969 por concurso de traslado obtuvo la misma cátedra de H^a del Arte de esta Facultad de Filosofía y Letras, donde se mostró, no sólo como docente universitario completo, sino también como investigador de primerísima fila como lo acreditan sus trabajos y publicaciones, sus discursos y conferencias sobre temas históricos y de Arte, y su participación en Congresos y reuniones especializadas.

Y es que el doctor Guerrero Lovillo, además de un gran entendimiento, tenía una voluntad activa y eficaz. Fue mucho lo que escribió desde los albores de su juventud. De aquí que su producción científica sea muy numerosa. No voy a enumerar, porque sería larga, la relación de sus obras que se aproximan al medio centenar, más la traducción de obras italianas de autores antiguos y modernos. Me limitaré a señalar algunas de las que considero más significativas, tales como: *Las Cantigas*; *Los Pintores Románticos Sevillanos*; *Los Angeles de Martínez Montañés*; *Sevilla musulmana*; *Goya en Andalucía*; *La Puerta de Córdoba en la cerca de Sevilla*; *Guía artística de Sevilla*, utilísimo instrumento de trabajo —como dice el Profesor Hernández Díaz—, para adentrarse en el conocimiento de nuestro rico acervo monumental; *Valeriano Becquer, romántico y andariego*; la monografía sobre el sevillano *Antonio María Esquivel*, Académico que fue de la de San Fernando, retratista de las personalidades más destacadas de su tiempo y pintor de lienzos religiosos a la manera de Murillo, y como colofón, por no citar más, *La Catedral de Sevilla*, primoroso libro en el que estudia, analiza y explica ese inmenso templo de Dios, colosal museo de preciosidades artísticas inserto en la Ciudad, que ha logrado unir —como escribe Chueca Goitia— lo que parecía imposible: la majestad y la grandeza del mejor escenario arquitectónico de España con el pintoresquismo, la gracia y la lozanía de lo espontáneo.

A través de las páginas del expresado libro, el Profesor Guerrero Lovillo nos conduce por la Catedral de Capilla a Capilla, desde la de la Granada a la de la Concepción, comenzando su recorrido por los exteriores, concretamente, desde el que fue alminar de la vieja mezquita almohade, el que convertido luego en campanario cristiano recibió con su coronación definitiva el nom-

bre bello y sonoro de Giralda, a quien los poetas –como es sabido– le han dedicado los más ditirámicos adjetivos, desde el «Molde de fundir Toreros» de Gerardo de Diego, hasta el de «Octava maravilla» que se dice en un *códice* que figura entre los fondos de la Biblioteca Capitular.

Era lógico que tan altos merecimientos le fuesen reconocidos, por lo que a más del Premio Extraordinario del Doctorado (1946) en la Universidad de Madrid y el Premio «Raimundo Lulio» (1946) a que antes nos referimos se le otorgase:

- El «premio del Ateneo de Sevilla», en el torneo de los Juegos Florales de 1949.
- El de «José María Izquierdo» (1953), también en el Ateneo por su estudio sobre la obra pictórica de Valeriano Bécquer.
- Premio «Josefina von Karman» (1954) que galardonó su trabajo sobre la Arquitectura Gótica Andaluza.
- Premio del Concurso de Monografías de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla (1954) y la Nominación de Colegiado Distinguido en el curso 1955-56, otorgada por el Pleno del Consejo Nacional de los Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Letras y en Ciencias.

Por los servicios prestados a la enseñanza (pues, no sólo desempeñó su cátedra, sino que también como Profesor Encargado de curso impartió durante diez años, la enseñanza de Lengua y Literatura Arabes, en la Sección de Historia de esta Universidad), el Ministro de Educación, en nombre de su Excelencia el Jefe del Estado le concedió la Encomienda de número de la Orden de Alfonso X el Sabio. Con posterioridad fue nombrado, Director del Laboratorio de Arte «Francisco Murillo Herrera», miembro de número del «Instituto de Estudios Gaditanos», Presidente de la «Asociación de Amigos del Museo de Bellas Artes de Sevilla» y Director de la Sección de Actos Culturales de la Sección Provincial de Sevilla de la Asociación Española de Amigos de los Castillos.

Como no podía ser menos, Las Academias con toda justicia, le abrieron sus puertas. En 1970 fue nombrado Académico de núme-

ro de la Real de Bellas Artes de la de Santa Isabel de Hungría de esta capital. Su discurso de recepción versó sobre el tema «Al Qasr Al-Mubarak, El Alcázar de la Bendición», residencia palatina del Rey poeta Al-Mutamid, tercer monarca de la dinastía de los Abbadies, quien durante su reinado la convirtió, en el solio de la poesía de la España musulmana. Más tarde la Nacional de Bellas Artes de San Fernando de Madrid le nombró correspondiente, como también le hicieron correspondiente la Provincial de Bellas Artes de Cádiz; la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba; la de Bellas Artes de Granada y la de San Carlos de Valencia. Igualmente fué nombrado miembro del Comité Científico del «Symposium sobre las Cantigas», celebrado, en Nueva York, en Noviembre de 1981, donde presentó una Ponencia sobre «El Arte de las Cantigas, avanzada artística de su tiempo». Posteriormente, desarrolló una interesante ponencia sobre «La Huella Islámica en la Miniatura Alfósí», en el Symposium sobre Alfonso X El Sabio, celebrado en la Universidad de Harvard en 1984.

Por su sólida y profunda erudición y para cubrir la vacante de numerario dejada a su fallecimiento, por el archivero y arqueólogo Excm^o Sr. Don Francisco Collantes de Terán Delorme, esta Real Academia de Buenas Letras, en el año de 1981 lo trajo a su seno, donde se hizo querer de todos, por su claro entendimiento, su bondad, y por la condescendencia que le era innata. Pruébalo, como los elogios del Doctor Guerrero Lovillo eran los primeros que honraban al que se hacía digno del aplauso, y el vituperio, ni aún contra los que los merecían, nunca salió de sus labios.

La Junta Pública y solemne, en la que el nuevo académico se incorporó a nuestras tareas, se celebró el día 30 de Mayo de 1982. Su discurso versó sobre «La última Sevilla musulmana», estudio histórico documentadísimo, en el que nos dio un visión exclusiva e inédita de aquellos momentos de vigilia y sacrificio, en que la suerte del vencido queda marginada y casi desconocida. «De la conquista de Sevilla —decía—, se aduce el cabalgar brioso de San Fernando, las gestas de Bonifar, de Garcí Pérez, de Pelay Correa, etc. Pero, ¿y de los otros?, ¿qué fué de ellos?». El reflexionar sobre estos episodios, el traerlos a la luz constituyó el *leit motiv* de la disertación, que si en un principio sólo por su enunciado se nos antojaba sugerente, a medida que iba entrando en materia, nos

resultaba un tema apasionante, un trabajo admirable que no tolera ni admite enmiendas, retoques, ni aditamentos, sino que ha de ser contemplado en su integridad a semejanza de un purísimo templo antiguo, donde penetra la luz por todos los intercolumnios. La contestación, que fue también primorosa, corrió a cargo del Preeminente, Excm^o Sr. Doctor Don Gabriel Sánchez de la Cuesta.

A partir de este momento, intervino en diversos actos públicos y solemnes de esta Corporación, entre ellos en el celebrado con motivo de la recepción como Académico de Honor del insigne arabista y Embajador de España, el eminente Profesor Don Emilio García Gómez, del que hizo la «laudatio» y la glosa de su discurso sobre «Rapsodia de la poesía arabigo andaluza». En la conmemoración pública, que celebramos con motivo del XXV aniversario de la muerte de Joaquín Romero Murube, leyó un trabajo sobre «*El libro que nunca se escribió*», refiriendo pormenorizadamente, la génesis de un libro que concibió Joaquín como fruto de un equipo de colaboradores, en el que se hiciese «un resumen completo, agudo y elegante de lo que ha sido, de lo que es y de lo que pueda ser Sevilla en épocas venideras», pero... que nunca llegó a escribirse, con lo que quedó relegado a la mera condición de un libro fantasma.

También intervino en el acto en recuerdo de Don Gabriel Sánchez de la Cuesta, a raíz de su fallecimiento, en el que hizo un cálido y sentido elogio de la amistad, de la que dice, con citas de Marañón, que «es emoción nuestra surgida de la tierra frágil, estatua que hacemos de barro, imitando a Dios... [por lo] que precisa y exige para que nunca pueda romperse, el que la guardemos en la urna de nuestro propio corazón».

Si algún recuerdo de la vida de tan entrañable compañero pudiera traer alivio al dolor de su familia, sin duda alguna será la seguridad que tenemos cuantos le conocimos y tratamos, de que fue tan dichoso, cuanto cabe serlo en la tierra, donde no hay luz sin sombra, ni cielo sin tormenta. Hasta los últimos años en que las dolencias vinieron a nublar el alegre horizonte de su vida, todo sonreía en torno suyo. Había contraído matrimonio con Ana M^a Martínez Fonseca, mujer discreta, ilustrada y cariñosa, quien le dio una hija, M^a José, que fue la corona de dicha y de ternura doméstica con la que Dios bendijo aquella unión.

Amigo de sus amigos y severo en el cumplimiento de sus deberes, cifraba en el placer del hogar, la dicha suprema que puede tener el hombre de tejas abajo. No pasó su vida en las regiones más brillantes y fastuosas de nuestra sociedad; no dio mucho que hablar de sí, a la prensa periódica; pero vivió dichoso y feliz, y contribuyó no poco a la felicidad de los suyos. De él nadie recuerda una mala acción y contra él —al menos que yo sepa— nadie profirió queja alguna.

En los últimos años, una tenaz enfermedad que soportó con ánimo imperturbable, lo tuvo alejado de esta Casa. Pero aunque ausente de cuerpo, en espíritu estaba con nosotros, interesándose de continuo por todo cuanto concernía a nuestra Corporación.

El día 20 de Octubre de 1996, rodeado de su mujer e hija, y con la tranquilidad y confianza de los justos, entregó su alma a Dios el Excmº Sr. Don José Guerrero Lovillo. Con él perdimos a un ilustre académico, a un hombre de bien, a un eminente historiador del arte y a un gran artista. Porque José Guerrero fue sobre todo un artista, un artista importante como lo atestiguan algunas de sus pinturas y sobre todo sus bellísimos dibujos a pluma, tales como la «*Vista panorámica imaginaria de lo que pudo ser el Alcázar Abbadi*»; «*La Ciudad Abbadi y sus Alcazares*»; «*La Alberca del Elefante de Plata*»; «*La planta cubierta del conjunto de las Pleyades*», a más de otros que a modo de apéndice, insertó en el original de su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, y, los que hizo más recientemente, en 1992, para ilustrar el libro «*Toros en la Atlántida*», del que es autora su hija Mª José.

Y con esto concluyo Sres. Academicos. Mas antes de terminar, no puedo por menos que dar las gracias: al Sr. Director, por haberme dado ocasión de poder manifestar en público, mis sentimientos hacia el fraternal amigo fallecido, y a vosotros Señoras y Señores por la indulgencia con que me habéis escuchado. Y tras ello, desde este estrado al que él tantas veces subió, darle en nombre de la Academia al admirado compañero, el último adiós, el *longum vale*, y pedir a Aquel que dice, «Yo soy el que hiere y el que consuela», que al Académico que se nos fue y que hoy recordamos, a los que le precedieron, y a los que hemos de seguirles, en su día nos reúna en su Seno, en el cual no hay problemas, todo se arregla por si solo y donde se es libre de verdad. Y nada más.

He dicho.